



EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educación, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instrucción: por don A. Pirala.—A la malograda poetisa doña María Verdejo y Duran (poesía), por doña Dolores Cabrera y Heredia.—Contra Soberbia Humildad (continuación).—La Corona de Violetas (continuación).—Amor de Niña! (Novela original), por Zahara.—Modas.

INSTRUCCION.

Consejos de una madre á su hijo, por la Marquesa de Lambert.

Si oportuna y sabia se mostraba la escritora francesa que nos ocupa, en los consejos á su hijo, no menos oportuna y sabia se muestra en los dedicados á su hija.

En todos tiempos, dice, se ha tenido gran descuido en la educación de las niñas... y como si las mujeres fueran una especie distinta, se las abandona á sí mismas sin socorro, sin pensar en que componen la mitad del mundo, que nuestra vida está ligada á la suya; que son la fortuna ó la desgracia de los hombres; que está confiada á ellas la niñez, tiempo en que las impresiones son mas vivas y profundas, y que abandonándolas desde la infancia á ellas mismas ó en poder de ayas, de humilde y descuidada clase, las inspiran pensamientos bajos, que despiertan las pasiones tímidas y ponen la superstición en lugar de la religión.

Después, se las enseña á agradar, y no se las da lecciones mas que de adornos: se fortifica su amor propio: se las entrega á la delicadeza,

al mundo, á las falsas opiniones; como si para ser apreciable bastara sujetarse en lo exterior al buen trato. Lo que forma el carácter, lo que dirige el espíritu, lo que gobierna la voluntad, lo que responde de la realidad y de la duración de las virtudes, son los sentimientos; y ¿cuál debe ser su principio? La religión grabada en nuestro corazón. De ella nacen las virtudes; ella coloca en su lugar las obligaciones, y hace que se ejecuten no por deber sino con gusto. La autoridad es una tiranía exterior.

Nada mas feliz ni mas necesario que conservar un sentimiento que nos hace amar y esperar; que presenta agradable el porvenir; que asegura todas las obligaciones; que nos responde de nosotros mismos y que es nuestro garante hacia los otros.

Al entrar en el mundo una joven tiene una alta idea de la felicidad que la prepara, y procura aprovecharse de ella: este es el manantial de sus inquietudes: se deja llevar de su imaginación: espera una felicidad perfecta, y causa esto la lijereza y la inconstancia; porque los gustos del mundo son engañosos; prometen mas que dan, nos inquietan buscándolos, no nos satisface su posesión, y nos desespera su pérdida.

Ni la riqueza ni los honores dan la felicidad; la verdadera está en la paz del alma, en la razón y en el cumplimiento de las obligaciones.

No debe mirarse la virtud de las mujeres como ordenada por el uso; ni acostumbrarse á creer que basta ocultarse á los ojos del mundo para pagar el tributo del deber; porque hay dos tribunales inevitables, que son la conciencia y el mundo: de éste se puede uno librar, de la conciencia no. Al paso que se debe uno á sí mismo el testimonio de la honradez, no se puede abandonar la aprobación del público: del desprecio de la reputación, nace el de la virtud.

La vergüenza que nos separa de lo malo por el temor del deshonor, es algunas veces la guarda más fiel de la virtud de las mujeres.

Sus virtudes son difíciles, porque la gloria no las ayuda á practicarlas; pues vivir en su casa, no arreglar sino á sí y su familia, ser sencilla, justa y modesta, son virtudes penosas, porque son oscuras, y es preciso tener mucho mérito para huir del aplauso, y mucho ánimo para consentir en no ser virtuosa más que á sus propios ojos. La grandeza y la reputación sostienen nuestras flaquezas, y una de ellas es querer distinguirse y elevarse. El alma descansa en la aprobación pública, y la verdadera gloria consiste en no echarla de menos.

Así se aunan la perfección y la felicidad, así se conquista esa reputación imperecedera, así ocupa la mujer el lugar que le está reservado en el corazón del hombre, y el puesto que tiene en la sociedad que la dedica su respeto, su cariño, su veneración.

A. Pirala.



LITERATURA.

A la malograda y distinguida poetisa la señorita D.^a MARÍA VERDEJO Y DURAN (1).

«Tengo, Dolores, el corazón herido de muerte, y un cadáver galvanizado no puede volver á la vida!»

Carta de María, 14 de julio de 1855.

Hoy hace un año, María,
Que apiadado de tu mente,
El arcángel de la muerte
En su seno te adormió.

Un año! y si en él mi lira
A tí no elevó un acento,
Es ¡ay! porque el sentimiento
Mi inspiración apagó.

Porque siempre que intentaba
En doliente melodía,
Del peso que le oprimía
Mi corazón desahogar,

Solo al pronunciar tu nombre
Rompiendo en llanto deshecho,
Sentía dentro del pecho
Mi corazón estallar!

Te amé tanto!... A quien te viese
Era imposible olvidarte,
Imposible no adorarte
Llegándote á conocer;

Porque al mismo tiempo uníste
A la virtud, la hermosura,
Al talento, la ternura,
A la modestia, el saber.

Poetisa, tu primer canto
Fue una plegaria sentida;
Tu postrera despedida
Un gemido de dolor;

Y tu fin, próximo viendo,
Y el pesar de los que amabas,
Pobre ruiseñor, cantabas
Para engañarnos mejor!

(1) Esta poesía nos fué remitida por su autora para que se insertase en el número del *Correo de la Moda*, correspondiente al 16 del actual; pero las mismas causas que retrasaron nuestra publicación nos impidieron darla con la oportunidad debida.

Tu sufrimiento olvidando
El nuestro compadecias:
Solo por amor vivías,
Y amabas para vivir!

Pero huérfana, y negándote
A la esperanza, al consuelo,
¿Qué te restaba en el suelo
Mas que llorar y sentir?...

Tus largas noches de insomnio,
Tu tristeza aterradora,
Cual fiebre devoradora
Debilitaron tu sér.

« Mi alma, decias serena,
»Está ya de muerte herida:
»Un cadáver, á la vida
»Es imposible volver.»

É indiferente al encanto
De los campos y las flores;
Sorda, á los vagos rumores,
Que pueblan la soledad;

Impasible á las bellezas
Que en otro tiempo cantabas,
Fria, la vista fijabas
Del cielo en la inmensidad.

Esa era tu patria! El suelo
Tal ángel no merecia:
En él coronas no habia
Dignas de tu casta sien!

La existencia es un combate;
Para el que lucha con gloria
La palma de la victoria
Crece, en el celeste Eden.

En este mundo de errores
El hombre en su marcha incierta,
Halla en la tumba, la puerta
Que guia *al de la verdad*,

Y, como en su nido el ave,
En ella, alas adquiriendo,
El alma, el espacio hendiendo
Se lanza á la eternidad!

DOLORÉS CABRERA Y HEREDIA DE MIRANDA.
Madrid 16 de Julio de 1836.

CONTRA SOBERBIA HUMILDAD.

SEGUNDA PARTE.

(Conclusion.)

Las transacciones fueron poco borrascosas: Simon, como buen mayordomo, habia puesto á la sombra algunos objetos de gran valor, cuya existencia ignoraba Teresa, dejando en su lugar todo lo demas, de manera que á pesar de aquella substraccion, la jóven se encontraba dueña de una fortuna, que bien administrada, le hubiera bastado para vivir en Argandenes toda la vida en una posicion holgada.

Pero Teresa no escuchaba otra voz que la de su soberbia, y hallaba demasiado vil la idea de volver á aquel rincón ignorado.

No sabia ella que el génio de la adversidad es implacable, y necesita hasta el último suspiro de sus victimas.

Mma. Roland estaba llamada á derrochar en pocos meses aquella fortuna, como habia derrochado la de su difunto marido.

Simon Bonchamps, aunque sintió en el alma ver escapársele la presa de entre las manos, se consoló pronto con la idea del cuantioso dote que Mademoiselle Lucía Lemure iba á traerle en matrimonio, sin abandonar por eso la idea de que el tiempo traeria tal vez á sus pies á la que ahora le despreciaba.

Un mes despues, Teresa recorria los Boulevares con Mma. Roland en un lujoso y elegante carruaje, y Simon Bonchamps escribió de nuevo á su antiguo amigo:

Querido Luis:

«Dentro de dos dias saldrás á esperarme al camino, previniendo antes á mi amada futura, á fin de que se hagan al instante los preparativos para nuestro enlace.»

«Merced á los cuidados del célebre doctor Reucamier, me hallo ya completamente curado del reuma, y hasta mejorado de la raquitis.»

EPÍLOGO.

Hundiré á los soberbios
Y ensalzaré á los humildes.

En las magníficas fiestas con que la nacion española celebró la vuelta de su jóven rey D. Fer-

nando VII, que acababa de salir del largo y ominoso cautiverio de Valencey, sobresalía entre las damas de la corte la hermosa vizcondesa de Santibañez, que á su singular belleza unia la modestia mas encantadora.

La simpática vizcondesa, que lejos de avergonzarse de su pais natal, suspiraba con frecuencia recordando las risueñas horas de su infancia, escribía al ignorado párroco de Argandenes:

«Mi buen amigo: cuando recibais ésta habré depositado ya en Oviedo la crecida suma, pequeña para mis deseos, que he logrado reunir en el último baile para socorro de mis pobres paisanos.

«No os olvideis de inquirir siempre y siempre acerca del paradero de aquella persona... para ello he destinado todos los fondos de mi bolsillo particular, y no me creeré completamente dichosa hasta que me digáis que la habeis hallado para hacerla feliz.

«Rogad á Dios sin cesar para que conceda esta gracia á vuestra amiga=INÉS.»

En la falda de una de las altas montañas de Asturias se alza la pequeña villa de S.... rodeada de alegres vallados, de sombríos precipicios y de colosales masas de granito.

Para esta villa, casi ignorada, hasta que la moderna civilización sacudió el letargo de los pueblos dormidos con sus exploradores rails-ways, el tiempo es siete veces mas pequeño que para nosotros, la semana solo tiene un día, día único en que se vé, en que se vive, en que se interrumpe el triste silencio que impera los demás días, en aquellas calles desempedradas y llenas de lodo: el día de mercado.

Corría el año de 1844.

En una tienda de paños y abacería, veíase detrás de un mezquino mostrador una mujer, como de 54 años, pobre viuda de las cercanías, que venia todos los días de mercado á servir la tienda por una cantidad miserable.

Vestia un traje ordinario de Nazarena, cubierto en gran parte por un pañolón de percal verdoso, desteñido ya por el tiempo. A pesar de su edad conservaba todavía el reflejo de una belleza distinguida. Su garganta era fina y torneada, su cabeza cubierta con un pequeño pañuelo de algodón, por debajo del cual se escapaban algunos cabellos grises, graciosamente ensortijados, se levantaba erguida, como para mostrar al mundo su hermosa frente, altiva como la de una reina.

¡Aquella mujer era Teresa!

FIN.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

LA CORONA DE VIOLETAS.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

Poco despues Julio fué á invitar á Isabel para el primer rigodon: habló mientras tanto con ella de diferentes asuntos: á todo contestó con naturalidad y talento.

Julio no cesaba de mirar su ramillete, que á primera vista le habia llamado la atencion. ¿Será el recuerdo del otro día, pensaba, lo que la haya hecho elegir esas modestas flores, con preferencia á otras mas hermosas? ¿No sabia que yo debia estar aquí? ¿Habrà querido darme esa tácita, pero delicada prueba de deferencia?

No se atrevia á confiar, y sin embargo aquella idea le halagaba.

—¿La agrada á vd. el olor de esas flores? La dijo al fin.

—Sí; son mis flores predilectas, contestó ella ruborizándose.

—Y desde hoy lo serán mías tambien.

—Por qué?

—Por que me recordarán siempre nuestra primera entrevista.

Isabel se sonrió.

El rigodon habia terminado mucho antes de lo que Julio deseaba: llevó á Isabel á su sitio, y no se atrevió á invitarla de nuevo para bailar.

Pasados algunos días, Julio fué á devolver al señor de Ramirez la visita que éste le habia hecho.

Encontró en la sala á Isabel tocando el piano: al verle se levantó visiblemente turbada, y tiró de la campanilla para hacer que llamasen á su papá. En el intervalo que estuvieron solos, los dos permanecieron en silencio, como si cada uno esperase á que el otro entablara la conversacion.

¿De qué procedia aquella turbacion en uno y en otro? ¿Por qué Julio, cuya conversacion era siempre tan animada, nada sabia decir? ¿Cómo el talento, la costumbre del trato, en Isabel, no la sugerian ningun asunto para comenzarla y hacer cesar aquel estado que empezaba á ser violento? Yo no lo sabré decir, pero el que haya amado alguna vez me comprenderá. En el principio del amor, el silencio producido por la emocion, es mil veces mas elocuente que las palabras, y nunca es menos fácil encontrarlas que cuando se desea con mas afán.

Parecerá á vds. estraña esta simpatía entre dos personas que se veían por la tercera vez; no lo es sin embargo: ambos se conocían por los elojios unánimes de los demas: estaban animados por una buena accion, y aun mas por la semejanza de sus sentimientos. Ciertas almas privilegiadas se reconocen entre sí desde luego, y elevándose sobre las miserias de la tierra, se confunden en una sola bajo la proteccion de Dios.

Julio continuó yendo á casa del señor de Ramirez, primero cada seis ú ocho dias, despues uno sin otro, y por último todas las noches: habia en sus modales, siempre tan fáciles (como dicen los franceses), cierta timidez peculiar á todo el que ama sin atreverse á confesarlo. A veces cuando espresaba sus ideas ó sus sentimientos, se interrumpia de pronto, temiendo haber dicho demasiado; á veces su emocion ó su mirada completaban su pensamiento. Isabel por su parte, franca, sencilla, sin necesidad de palabras, demostraba en su sonrisa ó en la expresion de su semblante su alegria al verle llegar, su pena al decirle adios, sobre todo cuando Julio la anunciaba que las obligaciones del servicio le impedían ir en uno ó dos dias.

Así pasaron tres meses sin que entre los dos jóvenes se hubiera pronunciado la palabra amor. ¡Acaso ni ellos mismos sospecháran que aquella afeccion, pura, entrañable y vehemente, fuera otra cosa que amistad!

Una noche estaba Isabel sola en el comedor bordando al lado de la chimenea: su papá habia ido á su cuarto, y su aya acababa tambien de salir. La hora en que Julio acostumbraba ir habia dado ya: la jóven impaciente, inquieta, escuchaba atentamente los pasos de las gentes que cruzaban la calle, y salia al balcon para oir mejor: dos veces resonó la campanilla de la puerta, y otras tantas sintió agolpársele la sangre al corazon y refluir despues á su cabeza, pero en ninguna llamaba el único que deseaba ver llegar. En la mañana de aquel día un opulento banquero habia pedido la mano de Isabel: su padre se lo habia dicho, dejándola en libertad para contestar en el término de quince dias. Para cualquier otra mujer menos desprendida, semejante peticion hubiera sido considerada como fortuna: á Isabel no la sirvió mas que para conocer mas claramente el estado de su alma.

De pronto la puerta del comedor se abrió y entró Julio, pero tan pálido, con tal alteracion en sus facciones, que Isabel se levantó vivamente y fué á sentarse junto á él en el sofá.

—Julio, que tiene vd., le dijo alarmada.

—Nada! ¿Es verdad, añadió rápidamente, que hoy han pedido su mano de vd.? Dígamelo vd. por favor, quiero saberlo!

—Sí, es verdad.

—Dios mio! Dios mio! exclamó con un acento tan desgarrador, que Isabel no pudo menos de estremecerse. Isabel, oígame vd., prosiguió: mañana me presentaré al Ministro de la Guerra y pediré ser trasladado á un regimiento que marcha á batirse á Navarra: yo no puedo vivir aquí: me volveria loco! Yo no se lo he dicho á vd. nunca, Isabel, pero vd. lo sabe: lo que siento por vd. no es solo amistad, es amor!

Julio temblaba: le faltaba el aliento y la voz: él, tan sereno en el peligro se sentia débil ante el sacrificio de un amor que á sus ojos valia mas que la vida.

A vista de aquel dolor tan violento, tan verdadero, Isabel confundida no acertaba á contestar: dos lágrimas, brotando del fondo de su corazon oprimido, corrieron por sus mejillas: la era imposible dominar su emocion.

—Julio, dijo sollozando, yo no aceptaré nunca nada que me imponga el deber de olvidar á vd.: doy á vd. mi palabra de no unir mi suerte con la de ese jóven. Por mas que la sociedad lo tolere, un enlace contraido por interés debe reprobarlo Dios, y la mujer que sacrifica su porvenir ante los goces de la vanidad, vende su honor á precio de oro, y merece el desprecio de todo el que abrigue en su alma un sentimiento de pudor, de delicadeza y de decoro!

El señor de Ramirez salió en aquel momento: Julio se levantó, dominado aun por las sensaciones que le agitaban. Isabel se sentó á la sombra para ocultar sus ojos, aun húmedos de llanto.

A poco tiempo, Julio, impulsado por una alegria loca, en el colmo de su felicidad y embriagado de esperanzas, sostenia una animada conversacion con el señor de Ramirez: nunca habian sido mas oportunas sus respuestas, mas graciosas sus salidas: su talento parecia que se reanimaba, que cobraba nueva vida al mismo tiempo que su corazon. Y en medio de aquellas palabras insignificantes para cualquier otro, hallaba medio de comunicar á Isabel sus pensamientos, con ese poder que tienen los enamorados, y que solo ellos poseén en el mundo. La jóven respondia con una sonrisa, con una mirada; pero entre ellos era necesario mas?

(Se continuará.)

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.

¡ AMOR DE NIÑA !

Novela original.

Hay cerca de cierto pueblo de Estremadura un sitio pintoresco, donde la naturaleza parece que se ha empeñado en ostentar todas sus galas reunidas en un corto espacio. Árboles elevados, testigos impasibles de la historia de muchos siglos; á su pié el lirio, la madre-selva, la rosa blanca, la amapola, hacen aparecer aquel vasto jardín, en el que nada hizo la mano del hombre, cual un mosaico, cuyo hábil artista hubiera ido colocando los colores con el gusto mas delicado.

En el centro de este bellissimo paisaje, y como si las flores le hubiesen dejado el sitio preferente, se descubre una casita blanca, bella por su sencillez, semejante á una azucena que levantára orgullosa su cabeza, cual reina de aquel vergel. Su entrada está defendida por un techado de enredaderas, y á cada lado de la puerta hay recogidos con juncos grupos de las plantas mas apreciadas, donde una mano solícita ha cuidado de poner el jazmin junto al clavel, la rosa junto al heliotropo.

Habita esta casa hace algunos años la viuda del General *** Su esposo perdió la vida gloriosamente en una de las batallas de la última guerra civil, y desde entonces su jóven viuda se retiró con su hija, la pequeña Magdalena, entonces de edad de seis años y un antiguo criado, á aquel rincón de Estremadura. Si alguna vez le dejan est tan solo para ir al pueblo inmediato, donde son conocidas y respetadas, por los beneficios que dispensan á los aldeanos necesitados. Un anciano respetable, que administraba ya los bienes del general en vida de éste, es el único que viene una ó dos veces en el año á visitar á aquella familia separada del mundo.

Diez años han visto transcurrir en aquel retiro, y Magdalena, merced á los cuidados y lecciones de su bondadosa madre, es á los diez y seis una niña hermosa y cándida como la aurora. Tan sencilla, como lo es su vida, ella ha visto deslizarse allí los serenos días de su niñez. Allí mil veces la sorprendió el sol al aparecer en el Oriente, cultivando el pequeño jardín con su fiel Anselmo; otras mil la acompañó la luna corriendo

trás una mariposa: apenas hay árbol que no le haya prestado su sombra mientras leía acompañada de su madre algun trozo de historia sagrada.

Hay uno entre ellos, no lejos de la casa, al que tiene singular predilección: en su tronco está grabado el nombre de su padre, y debajo ha mandado á su antiguo criado le forme un asiento de roble, en el que ha pasado muchas horas de sus tranquilos días. Llegó uno sobre todo. Era el 24 de Abril: el cielo estaba despejado, los débiles rayos del sol que reflejaban sobre las copas de los árboles, anunciaban que muy pronto iba á mostrarse en todo su esplendor el astro que ilumina al mundo; algunas gotas de rocío brillaban aun en las verdes hojas, cual si con un llanto de tierna gratitud recibiesen la luz que les hace ostentar su lozanía y galas, y el ruiseñor con dulce gorjeo saludaba la aparición del nuevo día.

Magdalena había salido de su casita al rayar el alba, y segun costumbre iba á besar el nombre querido de su padre, y á dirigir alguna oración á su memoria antes del paseo matinal. Encaminóse, pues, hácia el árbol, objeto de su cariño; pero cuando ya estaba cerca se detuvo repentinamente, como si una mano de hierro le hubiese quitado todo movimiento. ¡ En el banco de césped, colocado debajo del árbol, había un hombre! La niña, sorprendida primero, se recobró pronto de su turbación, y quiso volver á tomar el camino que conducía á su morada; pero así como ella se había sorprendido á la vista del desconocido, no lo había sido éste menos, al ver aparecer en aquella soledad una niña hermosa, que ruborosa un momento, despues fugitiva, parecía la diosa de aquel Eden.

Adelantóse hácia ella, y deteniéndola con suma galantería, le dijo:

—¿Le causo á vd. miedo?

—Oh! no, señor! Murmuró la niña bajando los ojos, pero no creí encontrar aquí á nadie.....

Y despidiéndose del desconocido con un gracioso movimiento de cabeza, corrió á contar á su madre el singular encuentro que acababa de tener.

Fernando, que así se llamaba el que había sorprendido á Magdalena en su inocente paseo, era un jóven de unos veinte y seis años, de figura agradable y semblante espresivo; sus maneras distinguidas dejaban adivinar fácilmente que se había educado en la corte, y revelaban á primera vista

que su vida se habia deslizado en el bullicio del mundo.

Así era en efecto : hijo de uno de los vecinos mejor acomodados del pueblo inmediato, desde muy niño le habian enviado sus padres á Madrid, con un pariente que ocupaba en la corte una posicion ventajosa, y desde entonces Fernando no tuvo mas familia que su tio, que le amaba como á un hijo.

Pero llegó un dia en que quiso hacer un viaje al pueblo de su nacimiento para conocer á su verdadero padre, pues su madre habia ya dejado de existir; y con este objeto abandonó á Madrid por una corta temporada, con ánimo de abrazar al autor de sus dias, pasar un mes en su compañía, y volver á la corte, donde le esperaba su protector, sus amigos, sus amores, unos sobre todo, una jóven hermosa con quien su tio tenia tratado su casamiento, y á la que él, si no amaba con pasion, no por eso desdeñaba su mano.

Habia, pues, llegado á su casa tres dias antes, y como recordaba muy poco de aquellos sitios, salió á recorrerlos con el ambiente de la mañana: llevado de la frondosidad del bosque, fué internándose por entre las calles de acacias, hasta que dió con el banco donde le encontró Magdalena.

No podia Fernando, acostumbrado á tener mil lances amorosos, y á jugar con el corazon, dejar desaparecer aquella niña, sin saber quién era, qué hacia allí, y si habitaba en aquel bosque. Propúsose, pues, seguir hasta el fin tan estraña aventura, y al efecto fué avanzando por el mismo camino que habia llevado la linda jóven.

Audaz, cual la generalidad de los jóvenes, se habia propuesto averiguar quién era aquella hada misteriosa, y aunque hubiera sido preciso pasar en aquella espesura la mayor parte del dia, no se hubiera alejado sin conseguir su objeto. Despues de dar algunas vueltas inútilmente divisó entre los árboles la casita blanca, y sin vacilar un momento se dirigió á ella.

Llamó cortesmente á su puerta entornada, y al punto apareció la madre de Magdalena.

—Dispense vd. señora, la dijo el jóven, si vengo á molestarla en su tranquilo retiro: soy un vecino del pueblo cercano, y á titulo de tal, le suplico mande darme un vaso de agua y parte de la sombra de esa enredadera.

—Con mucho gusto, caballero, respondió la

amable señora; y en el momento llamó á Anselmo, le hizo que sacase sillas y los pocos refrescos de que podia disponer en aquel retiro.

Largo rato estuvo Fernando en compañía de la amable viuda y de su hija, y les refirió cómo se habia criado en Madrid, siendo hijo de D. Pedro de Aguilar, natural del pueblo inmediato, y el objeto de su viaje. Ellas por su parte le informaron tambien de las razones porqué se habian retirado á aquellos sitios, y ofreciendo el jóven visitarlas á menudo el tiempo que fuesen vecinos, se separaron, dejando aquella entrevista muy distinta impresion en el alma de cada uno.

La madre de Magdalena se felicitaba de haber hallado en aquel desierto un amigo que le recordaba su antigua sociedad.

Fernando por su parte, acostumbrado á la vida de Madrid, no habia podido formarse idea de una existencia tan tranquila, tan dichosa, careciendo de las diversiones que el mundo ofrece como tales, y que solo despues que han pasado es cuando dejan comprender toda su pequeñez. Aquella familia que no conocia otros encantos que el cielo y las flores, habia comunicado á su alma parte del perfume que se exhalaba en su rededor.

¿Y Magdalena? su alma inocente ocupada hasta entonces en comprender el lenguaje de las flores, sin la esperiencia que ofrece el trato social y previene el corazon contra toda clase de impresiones; ¿qué efecto no causaria en ella aquel jóven interesante sin presuncion, franco sin descortesia, un sér en fin como no se habia presentado nunca á su imaginacion? Todo el dia lo pasó inquieta, un pensamiento fijo trastornaba su mente; la imagen de Fernando.

Muchos dias han pasado desde aquel en que los dos jóvenes se encontraron por vez primera, y ni uno solo ha faltado Fernando á hacer la visita acostumbrada á sus nuevas amigas. En este tiempo el rostro de Magdalena ha sufrido una notable trasformacion. La alegria cándida é infantil que brillaba en sus ojos ha desaparecido: ya no es la niña que corre trás la mariposa y alimenta por su mano á la golondrina; en su mirada tranquila muestra una dicha íntima, inmensa.... un suspiro que á veces se escapa de su pecho, muestra que este es demasiado débil para contenerla. ¡Es qué ha encontrado un alma que corresponda á la suya! ¡Es qué ha escuchado mas de una vez de boca de Fernando un *te amo* que la inunda de ventura! ¡Es qué

no apreciaba ya los encantos de la tierra porque ha encontrado un cielo!!

En aquel mismo banco donde se vieron la primera mañana, allí pasaban algunas horas todos los días: mientras su buena madre se entretenía no lejos en sus labores, ellos no se ocupaban más que de su amor. Allí, debajo del nombre de su padre, había hecho Magdalena que Fernando grabase estas palabras:

Fernando, Magdalena, 24 de Abril.

(Se continuará.)

ZAHARA.

MODAS.

La Moda ha dejado momentáneamente á Madrid para trasladarse á la Granja, á Arechavaleta, y á otros puntos de reunión del mundo elegante: allí, aunque en formas más sencillas, aparece con aquel sello de buen tono y delicado gusto, que distingue siempre á la sociedad madrileña. Porque estas mariposas de los salones, convertidas hoy en golondrinas viajeras, llevan á todas partes la animación y la alegría. Una mujer elegante no renuncia ni en el campo ni en los establecimientos de baños, á sus hábitos de coquetería.

La vida que ordinariamente se lleva en estos sitios, es para ella una existencia deliciosa: el cuidado de su toilette la ocupa constantemente, porque cada hora del día, dedicada á diferente objeto, necesita traje diferente.

Por la mañana al levantarse para ir á beber el agua termal en la misma fuente lleva un vestido de florentina, color gris claro, sin volantes; sombrero de paja, con cintas de color y de terciopelo negro, con su velito, y sobre los hombros un pequeño chal de cachemira, ó manteleta de tafetan, según los caprichos de la temperatura.

Después del almuerzo es de rigor un pequeño paseo por la sombra de las alamedas: esta escursión requiere un traje de circunstancias. El vestido más á propósito sería de muselina blanca, con un sembradito de lunares de color de rosa: sus tres volantes van guarnecidos de puntilla de encaje, siendo cuatro los órdenes del primero, cinco los del segundo, y seis los del último. El cuerpo de este vestido es escotado en redondo, á lo Virgen, y fruncido menudamente en el pecho y espalda: lleva un fichú que forma pelerina por de-

trás, y abierto por delante, viene á cruzarse al talle sujeto con un lazo de cinta color de rosa: este fichú está guarnecido de cuatro volantes, adornados cada uno, así como los dos de la manga, y el escote de una puntilla negra. El sombrero que completa este traje es de paja de Italia y de ala redonda, para preservarse de los rayos del sol: su copa, de forma baja, va rodeada de una guarnición, compuesta de lazos de cinta de color de rosa y de terciopelo negro alternados: el ala, tiene todo al rededor una blondita blanca, como de tres á cuatro centímetros, que sobresale de la orilla: aunque el sombrero no vá sujeto, lleva cintas flotantes de tablero de damas, rosa y negro, y que juegan con las flores de amapola que van á cada lado.

Si el tiempo permite un paseo á caballo por las inmediaciones, este traje de amazona, también difiere del de las ciudades. Su chaqueta de piqué blanco, lleva cuello y solapas como la de un hombre, abotonándose recto el delantero desde la mitad del pecho hasta la cintura, en donde forma el cuerpo una pequeña punta. Sobre la costura de los costados hay un pequeño biés en forma de tirantes, que naciendo en el talle, y prolongándose por la aldeta, sube aumentando su ancho hasta tres centímetros en el hombro, cubriendo la pegadura de la manga, y viniendo á morir en la espalda: este biés y la delantera de la aldeta, van adornados de botoncitos de seda ó de algodón blancos. La manga es ajustada, de codo, y con vuelta que abotona á un lado. La aldeta larga, y de mucho vuelo, puesto en pliegues gruesos en las caderas y espalda. Camiseta de batista, de plegado menudo, con cuello alto, sujeto con una corbata de seda negra. Manga interior, de huecos y cerrada al puño, también de batista. Guante de montar, y gorrita de terciopelo negro, con borla de seda y velito de gasa verde.

Raro es el punto donde no hay baile por la noche, bien en un casino ó sala de conversacion: naturalmente se comprende que los trajes para este objeto han de ser ligeros: la gasa, la granadina hacen el gasto, prefiriéndose la muselina lisa ó bordada.

Como los placeres del campo no están reñidos con las distracciones útiles, recomendamos á nuestras lectoras el grabado de abecedarios que repar-timos con este número.

AURORA PEREZ MIRON.